

Sábado después de ceniza Ciclo B



17 de febrero de 2024

Is 58,9-14

Sal 85

Lc 5, 27-32

P. Eduardo Suanzes, msp

Isaías se dirige a los israelitas que volvieron de Babilonia a Jerusalén, después del edicto de Ciro el Grande, allá por el año 535 a.C. Cuando se está reconstruyendo el Templo; pero el texto es completamente actual en nuestro año 2024.

Deberemos fijarnos que se nos está diciendo que Dios prefiere la atención al hermano antes que los ritos dirigidos directamente y solo a Él. El Dios que libera –el título más apropiado para el obrar histórico de Dios– asigna al hombre como tarea principal la de continuar su obra. Liberar al hermano, en mi casa, en el trabajo, en mi comunidad, supone atenderlo, requiere sacrificios, pagar personalmente precios, paciencia y decisión para superar inevitables oposiciones: cosas todas que exigen opciones y estas opciones son los actos de ayuno¹.

Se está hablando de esclavitudes materiales, pero también de las morales ¡Cuántas personas cercanas a nosotros viven en ansiedad y angustia, incapaces de vivir momentos intensos de paz, serenidad, abandono confiado!

Esto es lo que a Dios agrada; pero no solo eso: esta forma de concebir el culto nos reconstruye como seres humanos, nos realiza como tales. Por eso la lectura habla de: *“serás como un huerto bien regado; un manantial cuyas aguas no se agotan y estarás construyendo sobre tus viejas ruinas...”* ¡Qué imagen más estupenda! Las ruinas, eso que nosotros llevamos por dentro de egoístas, nuestro propio pecado, se convierten en el punto de apoyo donde Dios puede realizar su obra creadora. Eso es justamente lo que hace la fecundidad del Padre en cada uno de nosotros.

Si nos fijamos bien en lo que dice la Primera Lectura, el ayuno auténtico, las obras de misericordia, transfiguran al hombre, casi lo divinizan, como sol que amanece: *«brillará tu luz en las tinieblas y tu oscuridad será como el mediodía»*. Por la caridad el hombre resplandece, porque revela la gloria de Dios: *«será como un manantial cuyas aguas no se agotan»* ¿Acaso no es Dios el manantial? Se acuerdan de aquellas palabras: *«Doble mal ha hecho mi pueblo: me abandonaron a mí, manantial de aguas vivas, para hacerse cisternas que el agua no retienen»*². Pue ahora, el hombre se convierte en el mismo manantial, es como un trasunto de la divinidad, al practicar la misericordia, al ser misericordioso como el Padre celestial lo es; se convierte en luz como Dios lo es.

¹ Cfr. BENITO MARCONCINI. *Guía espiritual del Antiguo Testamento. El libro de Isaías (44-66)*. Ed. Ciudad Nueva. Madrid 1966

² Jr 2,13

El día dedicado al Señor no debe ser un artificio para aumentar la productividad, sino sacrificio de ellas para profesar un valor más alto, observándose con gozo, con delicia, dice el Señor.

En el judaísmo era familiar la idea de que mediante la penitencia y las obras virtuosas es posible convertirse de nuevo y esperar el perdón de Dios³. Lo específico de Jesús consiste en que ofrece la salvación del reino de Dios a los excluidos, sin aguardar semejantes méritos. Lo que levanta ampollas y es escándalo entre la gente virtuosa es el estilo y manera como Jesús se comporta respecto al perdón de los pecados, por cuanto que acepta sencillamente las existencias marginales, para ofrecerles una nueva oportunidad de vida sin ponerse primero a averiguar sobre su pasado. Y también el que no obligue otra vez a esos hombres a la antigua Ley, sino que simplifique radicalmente los mandamientos, de suerte que éstos sean practicables también en medio de una situación «impura». ¡Aviso a navegantes, de nuevo! ¡Esos que calificamos tan alegre y rápidamente de impuros!

No hay duda de que en el judaísmo la comida en común estuvo siempre rodeada de una aureola religiosa; nada tan natural para todo judío piadoso como las palabras de bendición sobre los alimentos y bebidas. Pero en Jesús adquiere la comida una significación ulterior y más importante, mucho más profunda, por cuanto que se sienta al lado de hombres con quienes un judío piadoso, que se atuviera con rigor a las prescripciones de pureza, nunca hubiera podido tener compañía. Esto constituía una provocación. Además de eso, la comida es para Jesús un signo del reino de Dios que llega. Las comidas de Jesús son signo del futuro Reino que ya está a las puertas. Para Jesús, las comidas (que son muchas en los evangelios) tienen este propósito específico. En el banquete se celebra la pertenencia común al reino.

A la provocación que semejante actitud significaba para los círculos piadosos respondió Jesús con diversas parábolas con el objeto de hacer comprensible su actitud y dirigir al mismo tiempo a los *hombres piadosos* la apremiante invitación a no cerrarse a tan importante signo. Así lo hizo en las parábolas de los trabajadores en la viña, de la «oveja perdida», de la «dracma perdida» y del «hijo pródigo». En estas parábolas mostraba una y otra vez la intención de Dios de buscar al hombre perdido una y otra vez, porque para eso había venido.

Esta Cuaresma somos invitados a ver nuestras ruinas interiores, nuestros cimientos antiguos, pero no para quedarnos ahí, sino porque ellos son ocasión para que la fecundidad del Padre haga, sobre ellos, una obra estupenda. Por eso Jesús dice en el Evangelio que ha venido a por los pecadores, es decir, a por aquellos que reconocen sus propias ruinas.

³ Cfr. JOSEF BLANK. *Jesús de Nazaret. Historia y mensaje*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1973